



Acertijos

de la novela ilustrada

MA. LUISA MENDOZA

La novela acabada de escribir recientemente publicada por Editores de Textos Mexicanos, titulada *Primero los Pobres*, por supuesto de Federico Ortiz Quezada es una puesta en escena de todos los tiempos. Es decir, que si nos pudiéramos a leer cien libros de historia universal, de los caminos empedrados de los hombres de los descubrimientos de inteligencias superiores, de fracasos del tamaño del mar de un dolor entrañable enormísimo como si conociéramos el océano y no pudiéramos bogar en él porque se había convertido en un pozo de maldad. Esto no quiere decir nada más allá de la investigación exhaustiva realizada por Ortiz Quezada para plasmar sin una falta el devenir de los tiempos humanos, su penumbra sobre todo, su casi carencia de felicidad, su estar nada más allí ocupando su vida, de principio a fin en vivirla sin mayor encomio, empeño, querencia, que adquirir bienes, y empeñarse en conocer el pasado y el futuro con éxitos bastantes someros. No sé si nadie o todos merecemos querer emular a Nostradamus y sus designios tenebrosos de lo por cumplirse, y la electricidad entrando en nosotros al lograr con muchos trabajos, es cierto, traducir algunas de sus adivinanzas proféticas, y saber de los “gemelos de York” como las torres de la Gran Manzana convertidas en reos de culpa, en víctimas de Don Nostra, el cual igualito a brujo de feria mal o bien da pie con bola en sus predicciones.

Claro, estamos los humanos en un mar –vuelvo al agua– expuestos a cualquier envenenamiento, persecución, homicidio, dolor sin par, amor sin igual. La cosa es tan real y el logro del escritor tan extenso que va más allá de cualquier suposición. Echa mano el novelista de un sin fin infinito de hechos, datos, coincidencias, anécdotas admirables en su conjunto y en su empeño en enseñarnos la verdad de la vida, porque no se conforma Ortiz Quezada en contarnos, muy bien contadas, las existencias de hombres superdotados, eminentes, estudiosos y terriblemente desgraciados, sino además nos toma de la mano y nos

lleva por ciudades bienamadas, nos las devuelve, por ejemplo a Nueva York, su segunda ciudad natal como quien dice, donde estudió medicina y puso en práctica lo mucho que sabe. Yo no puedo imaginarme mi Nueva York sin sus humosos –ayer– bares; cada instante de cansancio entrábamos a uno de esos localitos pequeños con el piso poblado de acerrín, la gran barra y las copas prodigiosas, gotosas, heladas, con los neoyorkinos bebiendo con uno y mirando fijamente el noticiero de la tarde en una titilante y nada –entonces– aparatosa televisión en blanco y negro. Cada calle, cada librería, cada cuarto de hotel, todo es nuestro por el novelista. La carne se pone de gallina del miedo...

Sí, da terror leer a Ortiz Quezada. A mí me pasa que cualquier asunto por él tocado me es creíble en primer lugar, cercano, alumbrador, pleno de inteligencia, y muy espejeante de los conocimientos en el autor depositados, buscados a lo largo de su rica existencia, la manera para hacémoslos cercanos sin la lastimosa presunción de tantos aparentes colegas de hoy, quienes en lugar de platicarnos una historia nos dan clases de turismo eso sí muy culto. Es elementalmente una novela erudita *Primero los Pobres*, un instruirnos sobre la maldad del mundo y el bien rezagado, hecho a un lado por los seres creados por Dios y en manos del demonio mucho más poderoso en la apariencia que el resplandor enceguedor del Creador. Dice Federico la gran verdad –dice muchas verdades– del libre albedrío concedido a nosotros sus hijos, quienes vamos por allí creyéndonos su imagen y semejanza, tan equivocados, tan miserables simplemente al compararnos con la diamantina bondad, la pureza, la dignidad de los animales. No he conocido aún a ninguno cercano con la lealtad sin ecuación de un hijo mudo de Dios nuestro Señor, Don Animal.

Pero eso no es importante. Aquí lo valioso es el estilo, la entrega, la duración del amor sin el pecado mayor de darle muerte.

La revelación. Eso es lo dicho y alcanzado por el doctor Ortiz Quezada. Si él ha sido descollante en su vocación de médico eminente, si es el más alto pionero de los trasplantes en nuestro país, si en la mesa de operaciones Federico rescató a cientos y cientos de la muerte, como escritor difícilmente tiene comparación. También nos rescata la vida, nos alecciona que “todos somos los demás”, y en su acto de fe exclama

“¡Quién como Dios!”, y nosotros volvemos a creer. ■

marialuisachinamendoza@yahoo.es